

pensado en pedir mi mano? ni uno tan sólo. De Géry lo mismo que los demás... Seduzco, pero doy miedo... Y se comprende... ¿Qué es lo que puede esperarse de una muchacha criada como lo he sido yo, sin madre, sin familia, revuelta entre los modelos, entre las queridas de mi padre?... Y qué queridas ¡santo cielo!... Y por único protector á Jenkins... ¡Oh! cuando pienso... cuando pienso...

Y del fondo de estas memorias ya lejanas iban surgiendo recuerdos que subían de tono su cólera.

— Sí, ¡acabemos! Nací de una aventura y sólo me sienta bien por marido un aventurero como éste.

— Cuando menos aguardaréis á que quede viudo, contestó Jenkins tranquilamente... Y en este caso corréis el peligro de tener que aguardar mucho rato porque su Levantina, á lo que parece, goza de una salud inmejorable.

Felicia Ruys se puso blanca como la cera.

— ¿Está casado?

— Casado, sí, y padre de un batallón de chiquillos: hace dos días que ha desembarcado toda la tribu en peso.

Felicia quedó aterrada por un instante, mirando en el vacío, con una convulsión en las mejillas.

Frente por frente á ella, la ancha mascarilla del Nabab, con su nariz remachada, su boca bonachona y sensual, respiraba vida y verdad en los reflejos de la arcilla. La artista la contempló un instante, luego dió un paso, y con un gesto de repulsión arrojó al suelo, con su peana y todo, el bloc reluciente y graso que cayó aplastado, hecho un montón de lodo.



VII.

JANSOULET EN SU CASA.

CASADO, lo estaba hacía doce años, pero no se lo había dicho á ninguno de los de su camarilla parisiense por una costumbre oriental, el silencio que guardan con respecto al gineceo las gentes de aquellos países. De repente se supo que iba á venir la señora, y que tenían que arreglarse habitaciones para ella, los niños y las criadas. El Nabab alquiló

todo el cuarto segundo de su casa de la plaza Vendôme, cuyo inquilino fué expropiado á precio de Nabab. Ensancháronse asimismo las caballerizas, duplicóse el personal; luégo, un día, cocheros y carruajes fueron á la estación de Lion á buscar á la señora que llegaba llenando con su séquito de negras, gacelas y negrillas un tren expreso desde Marsella.

Apeóse en un estado de abatimiento espantoso, rendida, alelada por su largo viaje en vagón, el primero de toda su vida, porque, llevada á Túnez desde muy pequeña, no había nunca movido el pié de allí. Desde el carruaje, dos negros la subieron á sus habitaciones en un sillón que quedó para siempre abajo, en el soportal, pronto para estas difíciles traslaciones. La señora Jansoulet no podía subir la escalera porque se mareaba; no quiso tampoco ascensores que su peso hacía crujir; por otra parte, no andaba nunca por sus piés. Enorme, abotagada hasta el punto de hacerse imposible el precisar su edad, entre los veinte y cinco y los cuarenta, de cara bastante bonita pero con las facciones deformadas, ojos muertos cabe unos párpados lacios y estriados como conchas, mal perjeñada en sus trajes estrafalarios, llena de diamantes y de joyas á modo de ídolo indio, era el ejemplar más cumplido de esas europeas trasplantadas que llaman Levantinas. Raza singular de criollas obesas que sólo en el habla y en el vestir recuerdan nuestro mundo, y que envuelve el Oriente en su atmósfera atontadora, en el veneno sutil de su aire opiado que lo afloja, que lo relaja todo, desde los tejidos de la piel hasta las cinturas de los vestidos, hasta el alma y la inteligencia misma.

La recién llegada era hija de un belga inmensamente rico que hacía en Túnez el comercio del coral, y en cuya casa había estado empleado Jansoulet, á su llegada á aquellas tierras, durante algunos meses. La señorita Afchin, que era á la sazón un muñeco de unos diez años, de un cutis, de unos cabellos, de una salud deslumbradores, iba á menudo á buscar á su padre al despacho en la gran carretela tirada por mulas que les conducía á su hermosa quinta de la Marse, en las cercanías de Túnez. Aquella muchacha, siempre escotada, de soberbios hombros, entrevista en un cuadro lujosísimo, había deslumbrado al aventurero; y algunos años después, cuando, rico ya y favorito del Bey, pensó en casarse, fué á

ella á quien se dirigió. La niña se había convertido en una joven gruesa, chaparra y sin color. Su inteligencia, obtusa de suyo, había acabado de oscurecerse en el abotagamiento de una existencia de lirón, la incuria de un padre que sólo pensaba en negocios, el uso de tabacos saturados de opio y de confitura de rosa, la torpeza de su sangre flamenca agravada por la indolencia oriental; por fin de fiesta, mal criada, golosa, sensual, altiva, una joya Levantina pulimentada.

Pero Jansoulet no reparó en nada de esto.

Para él, era ella, y siguió siéndolo hasta su llegada á París, un sér superior, una persona del gran mundo, una señorita Afchin; hablábale con respeto, delante de ella tomaba una actitud medrosa y algo encorvada, le daba dinero sin contactarlo, satisfacía sus fantasías por costosas que fuesen, sus caprichos más exorbitantes, las extravagancias todas de un cerebro de Levantina descompuesto por la ociosidad y el fastidio. Una palabra sola lo justificaba todo: era la señorita Afchin. Por lo demás, ninguna relación entre los dos; él siempre en la Kasbah ó en el Bardo, con el Bey, á hacerle la corte, ó bien en sus almacenes; ella pasándose las horas muertas en la cama, prendida con una diadema de perlas de trescientos mil francos que no dejaba un momento, encendiendo un cigarro con la colilla del otro, haciendo vida de serrallo, mirándose al espejo, componiéndose, en compañía de unas cuantas Levantinas más cuyo supremo entretenimiento consistía en medir con sus collares brazos y piernas que rivalizaban en gordura, haciendo hijos de que no volvía á ocuparse, que ni volvía á ver, y que ni el más leve sufrimiento le causarían porque paría con ayuda del cloroformo. Un pedazo de carne blanca perfumada con almizcle. Y, como decía con orgullo Jansoulet: «¡Me he casado con una señorita Afchin!»

Bajo el cielo de París y á su luz fría, comenzó la desilusión. Resuelto á instalarse, á recibir, á dar fiestas, el Nabab había hecho venir á su mujer para ponerla al frente de la casa; pero cuando vió comparecer aquel mostruario de telas chillonas, de bisutería de Palais Royal, con todo el extravagante aparato que venía detrás, sintió aunque vagamente la impresión de una reina Pomaré desterrada. Era que había visto grandes señoras de veras, y comparaba. Tenía proyectado un gran baile para su llegada, pero se abstuvo prudentemen-

te. Por otra parte, la señora Jansoulet no quería ver á nadie. Su indolencia natural se acrecentaba con la nostalgia que le produjeron, en cuanto puso el pié aquí, el frío de una bruma amarillenta y la incesante llovizna. Una porción de días estuvo sin moverse de la cama, llorando destempladamente como una chiquilla, diciendo que la habían llevado á París para matarla, y no consintiendo el menor cuidado de sus camareas. Allí estaba metida entre los encajes de su almohada, rugiendo de ira, los cabellos enmarañados en torno de su diadema, cerradas las ventanas de su habitación, corridas las cortinas, las lámparas ardiendo día y noche, vociferando que quería i... irse, i... irse; y era un espectáculo doloroso el ver, en aquella noche de catafalco, las maletas á medio vaciar vagando por las alfombras, las gacelas azoradas, acurrucadas, las negritas en torno de la crisis nerviosa de su ama, gimiendo ellas á su vez y con la mirada extraviada, como esos perros de los viajeros polares que se vuelven locos en cuanto dejan de ver el sol.

El doctor irlandés, llamado en tal aprieto, no obtuvo éxito alguno con sus maneras paternas, sus bonitas frases de miel sobre hojuelas. La Levantina no quiso de ninguna manera entonarse con las perlas de base arsenical. El Nabab estaba consternado. ¿Qué hacer? Mandarla otra vez á Túnez con los niños? No era posible. Decididamente por aquellas tierras estaba en desgracia. Los Hemerlingue triunfaban. Una última afrenta había colmado la medida: cuando la partida de Jansoulet, el Bey le había encargado que hiciese acuñar en la casa de moneda de París una porción de millones de monedas de oro de un nuevo módulo; pero, á lo mejor, le retiró el encargo y se lo confió á Hemerlingue. Ultrajado públicamente, Jansoulet replicó por medio de una protesta pública, poniendo en venta todos sus bienes, su palacio del Bardo, regalo del Bey anterior, sus quintas de la Marse, de mármol blanco y cercadas de espléndidos jardines, sus almacenes, los más vastos, los más suntuosos de la ciudad, encargando por fin al inteligente Bompain que le recogiese la mujer y los hijos á fin de que constase bien que su partida era definitiva. Después de un escándalo semejante, no había de ser muy llana la vuelta á aquellas tierras; así se esforzaba en hacérselo entender á la señorita Afchin, la cual, por toda contestación,

daba gemidos prolongados. Intentó consolarla, divertirla, pero ¿qué distracción había capaz de despertar aquel temperamento monstruosamente apático? Y luego, ¿podía por ventura cambiar el cielo de París, devolver á la desdichada Levantina su patio embaldosado de mármol donde se pasaba largas horas en un embotamiento fresco, delicioso, escuchando el rumor del agua al caer en la grandiosa piscina de alabastro de tres pilones superpuestos, ni su dorada barquilla cobijada por un tendal de púrpura, que ocho remeros tripolitanos, ágiles y vigorosos, paseaban á puesta de sol por el hermoso lago d'El-Baheira? Por lujosas que fuesen las habitaciones de la plaza Vendôme no podían en manera alguna compensar la pérdida de tanta maravilla. Cada día era mayor su desconsuelo. Afortunadamente, llegó á vencerlo uno de los familiares de la casa, Cabassú, el que en sus tarjetas se titulaba: «profesor de frotación», un hombronazo negro y rechoncho, que olía á ajo y á pomada, cuadrado de espaldas, velludo hasta los ojos, y que sabía la mar de historias de serrallos parisienses, y de sucedidos al alcance de la inteligencia de la Señora. Habiendo ido una vez para frotarla, se empeñó ella en que volviera una segunda, y luégo en no dejarle ir. Cabassú tuvo que renunciar á su clientela, y convertirse, mediante un sueldo de senador, en el frotador de aquel desarrollado personaje, en su ayuda de cámara, su lectora, su guardia de corps. Jansoulet, encantado de ver contenta á su mujer, no cayó en la cuenta de la ridiculez bestial que llevaba consigo intimidad semejante.

Por todas partes se veía á Cabassú, por el Bosque en la enorme y suntuosa carretela al lado de la gacela favorita, en el fondo de los palcos que alquilaba la Levantina, porque se había decidido á salir y á divertirse, desperezada por el tratamiento de su frotador. Gustábale el teatro, sobre todo los sainetes ó los melodramas. La apatía de su cebado cuerpo animábase con la luz artificial de las tablas. De todos los teatros, el de Cardailhac era el que se llevaba la preferencia. En él se encontraba el Nabab como en su casa. Desde el tenedor de libros hasta la última de las figurantas, todo el personal era suyo. Tenía una llave de comunicación para ir desde el pasillo á la escena; y su antepalco, decorado á la oriental, con el techo labrado en forma de panal de abejas, los divanes

de piel de camello, y el gas encerrado en un farolillo árabe, podía servir para una siesta durante los entreactos un poco largos: una galantería del director para con la esposa de su comanditario. El pícaro de Cardailhac no se había contentado con esto; viendo la afición de la señorita Afchin al teatro, había acabado por persuadirla que poseía también la intuición, la ciencia del mismo, y por pedirle que en sus ratos perdidos echase una ojeada de juez á las obras que le ofrecían. Magnífico modo de amarrar más sólidamente la comandita.

Pobres manuscritos de cubierta azul ó amarilla, que la esperanza ha atado con frágiles cintas, que vais por estos mundos henchidos de ensueños y de ambiciones, ¿quién sabe qué manos os entreabren, os hojean, qué dedos indiscretos desfloran vuestro hechizo de lo ignorado, ese polvo brillante que conservan las ideas cuando acaban de nacer? ¿Quién os juzga? ¿Quién os condena? Á veces, antes de salir para algún convite, Jansoulet subía al cuarto de su mujer y la encontraba recostada en su balancín, con un tabaco en la boca, echada atrás la cabeza, rodeada de legajos de manuscritos, mientras Cabassú, armado de un lápiz azul, leía con su vozarrón y sus entonaciones de Bourg-Saint-Andéol alguna lucubración dramática que tachaba y borraba sin compasión á la menor crítica de su oyente. «Seguid, seguid», hacía el buen Nabab con la mano, entrando de puntillas. Y se paraba á escuchar, meneaba la cabeza en señal de admiración contemplando á su mujer: «No hay como ella», porque él no entendía pizca de literatura y en aquello, por lo menos, volvía á encontrar la superioridad de la señorita Afchin.

«Tenía el instinto del teatro», como decía Cardailhac, pero en cambio, faltábale por completo el instinto maternal. Ni un momento se ocupaba de sus hijos que dejaba entregados á manos extrañas, y cuando, una vez al mes, se los traían, se contentaba con tenderles la mejilla desmazalada y muerta, entre bocanada y bocanada de cigarrillo, sin enterarse de esos detalles de cuidados de salud que perpetúan el vínculo físico de la maternidad, y hacen que en el corazón de las verdaderas madres destile sangre el más leve sufrimiento de sus hijos.

Eran los suyos tres muchachos gordos é indolentes, de

once, nueve y siete años de edad, que mostraban en la tez desteñida y la precoz gordura de la Levantina, los ojos negros, aterciopelados y bonachones de su padre. Ignorantes como caballeritos feudales de la Edad media; en Túnez M. Bompain dirigía sus estudios, pero en París, el Nabab, empeñado en dispensarles el beneficio de una educación parisiense, les había puesto á pensión en el establecimiento más *chic*, el más caro, en el colegio Bourdaloue dirigido por unos buenos Padres que se proponían, más que instruir á sus discípulos, hacer de ellos unos caballeros muy cumplidos y de sanas ideas, y acababan por convertirles en entecillos, ridículos é infatuados, reñidos con el buen humor, ignorantes en absoluto, desprovistos de todo lo que es natural y espontáneo, y de una precocidad desesperadora. Los Jansoulets no se divertían gran cosa metidos en aquel primoroso estuche, á pesar de las inmunidades que su inmensa fortuna les valía: y en verdad que pasaba de abandono el suyo. Al fin, los americanos confiados á la institución tenían sus visitas y sus correspondencias: mas ellos no eran llamados nunca al locutorio, ni veían nunca á sus deudos cuya fe de vida consistía tan sólo en algún cargamento de golosinas ó en algún chaparrón de bollos que de vez en cuando descargaba. El Nabab, á lo mejor, saqueaba un aparador entero de confitería y se lo mandaba al colegio en uno de aquellos impulsos de cariño mezclados con cierta ostentación de negro que caracterizaban sus actos todos. En cuestión de juguetes, lo mismo; siempre demasiado buenos, vistosos, inútiles, esas chucherías que sirven de reclamo y que nunca compra el Parisiense. Pero lo que á los chicos Jausoulet les valía principalmente el respeto de colegiales y maestros, era su portamonedas repleto de oro, á punto siempre para toda cuestación, para los días del profesor y para las visitas de caridad, las famosas visitas organizadas por el colegio Bourdaloue, una de las tentaciones del programa, el asombro de las almas sensibles.

Dos veces al mes, por turno, los colegiales alistados en la Sociedad de San Vicente de Paul, fundada en el colegio con el patrón de la mayor, salían en pequeñas comitivas, solos como unos hombres hechos, á llevar consuelos y socorros al último rincón de los barrios necesitados. Queríase enseñarles de esta suerte la caridad experimental, el arte de conocer las

necesidades, las miserias del pueblo, y de curar esas llagas, un tanto asquerosas siempre, con emplastos de buenas palabras y de máximas eclesiásticas. Consolar, evangelizar á las masas por conducto de la infancia, desarmar á la incredulidad religiosa ante la juventud y la candidez de los apóstoles: tal era el objeto de la pequeña Sociedad, objeto, por supuesto, completamente frustrado. Los chicos, bien vestidos, rebosando salud, bien alimentados, y no yendo sino á casas de antemano designadas, encontrábanse con pobres de buen semblante, á veces un poquillo enfermos, pero muy aseados, ya inscritos y socorridos por la acaudalada organización de la Iglesia. No había ejemplo de que hubiesen dado con ninguno de esos hogares nauseabundos, donde el hambre, el luto, la abyección, todas las amarguras físicas ó morales muéstranse inscritas en suciedad por las paredes, en indelebles arrugas por las frentes. Su visita estaba preparada como la del monarca que entra en un cuerpo de guardia á probar el rancho; el cuerpo de guardia está prevenido, y el rancho sazonado para los regios carrillos... ¿Os habéis fijado en esas estampas de los libros de devoción en que figura un chicuelo de primera comunión, con la presilla en el brazo y el cirio en la mano, rizado el cabello, asistiendo á un pobre anciano quien, tendido en mísero jergón, levanta al cielo los ojos en blanco? Las visitas de caridad tenían una convención de aparato escénico, una entonación por el estilo. Á los gestos acompañados de los predicadorzuelos brazi-cortos contestaban palabras ya aprendidas, cuya falsedad se veía á cien leguas. Al sermón de comedia, á los «consuelos prodigados» en frases de libro de premio por el falsete de aquellos gallitos constipados, las bendiciones enternecidas, las zalamerías y gimoteos lloriqueadores de portal de iglesia á la salida de vísperas. Y así que los visitantes volvían la espalda, ¡qué estallido de risas y de voces en la buhardilla, qué farándula al rededor de la ofrenda acabada de recibir, qué modo de derribar el sillón en el cual se había jugado á enfermo, y de verter la tisana por el fuego, un fuego de rescoldo artísticamente preparado!

Cuando los chicos Jansoulet estaban de asueto en su casa, quedaban confiados al fulano del fez rojo, al indispensable Bompain. Bompain era quien les llevaba á los Campos Elí-

seos, uniformados con su chupetín inglés, su hongo á la última moda— ¡á siete años!— y su junquillo rematando el guante de piel de perro. Bompain era quien hacía atiborrar de provisiones el break para las carreras, al cual subía con toda la infantería, ostentando cada uno su billete en el sombrero ceñido de un velo verde, parecidos á esos personajes de pantomimas liliputienses que hacen cómicos la desproporción de sus cabezas con sus piernecitas, y sus gestos de enano. Fumábase y bebíase á todo trapo. Algunas veces, el del fez, casi sin poderse tener en pié, los volvía á casa atropellados de mala manera... Y sin embargo, Jansoulet quería mucho á sus «pequeños,» sobre todo al segundo, quien con sus cabellos largos y su aire muñequil le recordaba la pequeña Afchin cuando paseaba en su carretela. Pero estaban aún en la edad en que los niños son de la madre, y en que ni el sastre de tono, ni los preceptores de punta, ni el colegio chic, ni los poneys cinchados adrede en la caballeriza para los aprendices de hombre, bastan á suplir la mano atenta y cuidadosa, el calor y el bienestar del nido. El padre no podía darles todo esto; y además, ¡estaba tan ocupado!

Mil y un asuntos: la *Caja territorial*, la instalación de la galería de pinturas, viajes al Tattersall con Bois-l'Héry, alguna chuchería que ver, acá ó acullá, en casa de algún aficionado indicado por Schwalbach, las horas perdidas entre los picadores, los jockeys, los vendedores de curiosidades, la vida atareada y múltiple de un gentil hombre improvisado en el París de nuestros días. Este roce continuo le valía el irse parisianizando de día en día: frecuentaba el casino de Monpavon, los bastidores de los teatros, los cuartos de las actrices, y seguía presidiendo sus famosos almuerzos de solterón, las únicas recepciones posibles en su casa. No tenía realmente un minuto suyo, y gracias aún que de Géry le libraba del peso más engorroso, la complicadísima sección de las peticiones y los socorros.

El joven asistía desde su sillón á todas las invenciones atrevidas y burlescas, á todas las combinaciones tragi-cómicas de esa mendicidad de los centros populosos, organizada como un ministerio, más numerosa que un ejército, suscrita á los periódicos y que se sabe de memoria su *Bottin*. Recibía á la dama rubia, suelta, joven y ya ajada que se contenta con

cien luíses, y amenaza con echarse al río, al salir, si no se los dan,—y á la matrona corpulenta, de aspecto afable y franchachota, que dice al entrar: «Caballero, V. no me conoce sin duda... Tampoco tengo yo el honor de conocerle á V., pero hablando la gente se entiende... Hágame V. el favor de sentarse y hablaremos.» No faltaba tampoco el comerciante apurado, á punto de quebrar — tal cual vez no es mentira — que viene á suplicar que se le salve la honra, con el bolsillo del paletó corcovado por la pistola del suicida,— algunas veces hace de tal el estuche de la pipa. Menudeaban también los necesitados de veras, gente enojosa y locuaz que ni aun explicarse saben hasta dónde llega su mala mano en punto á ganarse la vida. Al lado de estas mendicidades á cara descubierta parecían las que se disfrazan: caridad, filantropía, buenas obras, protección á los artistas, las cuestaciones á domicilio para las hermandades, las parroquias, las arrependidas, las sociedades de beneficencia, las bibliotecas de distrito. Cerraban la procesión las que se cubren con una máscara mundana: billetes de concierto, funciones de beneficio, tarjetas de todos colores, «estrado, filas primeras, asientos reservados.» El Nabab no quería que se fuese nadie con las manos vacías, y aun había sido un progreso el confiar la administración á otras manos que las suyas. Harto tiempo había durado el cubrir de dinero con generosa indiferencia toda aquella explotación hipócrita, el dar quinientos francos por una entrada al concierto de algún guitarrista wurtembergués ó de algún tocador de flauta languedociano, que en las Tullerías ó en casa del duque de Mora no hubiera valido más allá de diez francos. Había días que el joven de Géry salía de esas sesiones lleno de verdadero asco. Toda la honradez de su juventud sentíase sublevada. Entonces trataba de imbuir en el Nabab la conveniencia de una reforma. Pero éste, á la primera palabra, se ponía malhumorado con el mal humor de los caracteres débiles puestos en el trance de haber de tomar una resolución, ó bien contestaba encogiéndole sus fornidos hombros: «Pero, querido, si París es esto y sólo esto... No os apuréis, dejadme hacer á mí... Ya sé yo lo que quiero y á lo que voy.»

Dos cosas eran las que á la sazón quería, la diputación y la cruz. Para él eran las dos etapas primeras de la gran ascensión á que su ambición le empujaba. Diputado, lo sería á

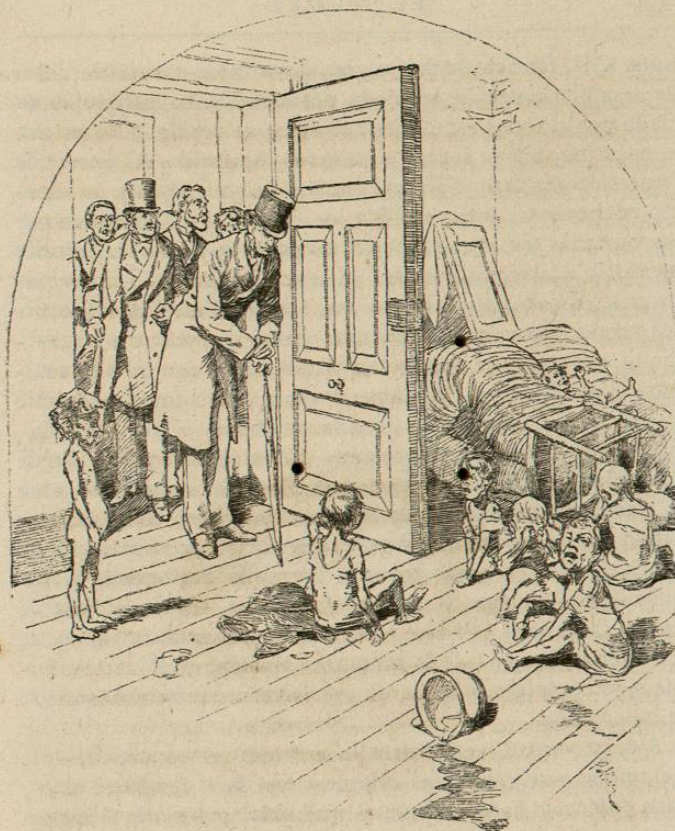
no dudar merced á la *Caja territorial* á cuyo frente se había puesto. Paganetti de Porto-Vecchio se lo decía á menudo:

—Cuando llegue el momento, se levantará toda la isla y os votará como un solo hombre.

Pero no basta con tener los electores; es menester que haya un asiento vacante en la Cámara, y Córcega tenía cubierto su cupo de representantes. Uno de estos, sin embargo, el anciano Popolasca, achacoso, é incapaz, por tanto, de cumplir su cometido, tal vez presentaría la dimisión voluntariamente si lograban entenderse. En este un negocio muy delicado, pero al propio tiempo muy factible, gracias á que el fulano en cuestión contaba con una familia numerosa, con tierras que no llegaban á darle el dos, con un palacio semi-derruido donde sus hijos se mantenían de *polenta*, y un cuarto en París en una casa de huéspedes de vigésima fila. No parándose en cien ó doscientos mil francos podría acaso obtenerse algo de aquel honorable hambriento, quien, tanteado por Paganetti, no decía ni sí ni no, seducido de un lado por la perspectiva de tan buena ganga, y retenido de otro por el esplendor de su posicioncilla. En este estado, el asunto podía resolverse de un momento á otro.

La cuestión de la cruz estaba todavía en mejor camino. Decididamente la obra de Bethleem había hecho un ruido de mil diablos en las Tullerías. No faltaban más que la visita de M. de La Perrière y su informe, que no podía dejar de ser favorable, para incluir en la lista del 16 de marzo, fecha de uno de los cumpleaños imperiales, el glorioso nombre de Jansoulet... El 16 de marzo, es decir, antes de un mes... ¿Qué diría de tan señalado favor el grueso Hemerlingue, él que tenía que contentarse, tanto tiempo había, con el Nisham? Y el Bey, á quien se había hecho creer que Jansoulet no había podido forzar las puertas de la buena sociedad parisiense? y la anciana madre, allá lejos, en Saint-Romans, ¡ella que era tan dichosa con los triunfos de su hijo!... ¿Por ventura no valía todo esto unos cuantos millones despilfarrados hábilmente y echados á los pájaros en aquella senda de la gloria por la cual avanzaba el Nabab con el descuido de un niño, sin pensar que por remate el devorado podría ser él? ¿Y estos goces exteriores, estas prosperidades, esta consideración, aun cuando pagadas á buen precio, no constituían una compen-

sación suficiente de los sinsabores que caían sobre el pobre oriental restituído á la vida europea, que quería un hogar y no tenía más que un caravanserrallo, que buscaba una mujer y no encontraba más que una Levantina?



VIII.

LA OBRA DE BETHLEEM.

BETHLEEM! ¿Por qué este nombre legendario y dulce, caliente como la paja del pesebre milagroso, daba tanto frío al verlo escrito en letras doradas en el remate de aquella verja de hierro? Quizás provenía de la melancolía del paisaje, esa interminable llanura triste que corre desde Nanterre á Saint-Cloud, interrumpida únicamente por algún mezquino grupo de árboles ó por el humo de los hornos de fundición. Quizá también de la desproporción entre el humilde villorrio invocado y el grandioso establecimiento, una quinta estilo